

PROLOGO

HUBIERA preferido dejar el presente libro sin prólogo, ya que tal requisito, si no indispensable, es, cuando menos, esperado en toda obra literaria y no correspondiendo propiamente tal denominación a la presente, bien pudo haber visto la luz sin estas palabras, cuyo propósito es simplemente aclaratorio.

No se trata de una obra literaria, porque, como se verá en el cuerpo de ella, su esencia consiste en relatos sencillos y verídicos de acontecimientos poco conocidos, ignorados o desfigurados por largos años. Tales relatos revisten dos formas: una, la simple relación en tono conversacional que, grabada al dictáfono por don Adolfo de la Huerta, ha sido transcrita después por mí con absoluta fidelidad; y la otra, que es una versión en que el relato pasa de primera a tercera persona, es decir: soy yo quien relata lo que don Adolfo dejó grabado. Hay, además, otra parte consistente en comentarios propios míos.

He cuidado de encerrar entre comillas aquellos relatos que reproduzco en las mismas palabras en que fueron hechos. Se usa diverso tipo para lo que, ligeramente aliñado en la forma, es sin embargo relación hecha por el señor De la Huerta y aun otro más, diverso, en aquello que constituye mi comentario.

Todo lo anterior es con el objeto de evitar posibles confusiones. Lo entrecomillado se entenderá fácilmente como versión textual y por lo que hace a mi relación y mis comentarios, a más de la diversidad de tipo de imprenta que señalo, es fácil distinguir pues la relación se refiere a hechos en tanto que el comentario contiene apreciaciones.

El propósito original de don Adolfo de la Huerta cuando, hace aproximadamente siete años, comenzó a grabar al dictáfono estas pláticas, fue que posteriormente yo les diera forma de relato cuidando un

poco del estilo que, dada la manera en que se grabó, no tenía por qué intentar galanura literaria.

En esa primera época de sus dictados, después de transcribir a la letra lo recibido, yo había comenzado a tratar de darle forma, sin pretender elegancias de estilo ya que el mío propio es llano y sencillo; pero vino una suspensión por razones que no tiene caso mencionar y cuando, cuatro años más tarde, reanudamos las grabaciones, esta vez con más constancia y mayor extensión, me encontré con un trabajo largo qué hacer y una cierta timidez para abordarlo.

Por otra parte, don Adolfo de la Huerta se había mostrado un tanto reacio a publicar sus memorias, pese a la insistencia de todos sus amigos, pues su natural bondadoso y modesto le inclinaba a guardar silencio el resto de sus días.

Vino después su partida definitiva, hace poco más de dos años, y con ello la ineludible obligación de dar a luz sus "Memorias", no para justificar su actuación pública que, por limpia, honrada y patriótica no requiere justificación sino reclama veneración, sí porque los hombres que han ocupado puestos públicos dejan una huella histórica que precisa limpiar de deformaciones debidas a errores o enconos, para que sirva de orientación a las nuevas generaciones.

Y la huella de rectitud inalterable, de patriotismo acendrado, del más puro revolucionarismo que dejó don Adolfo de la Huerta en la historia de México, habrá de hacerse más clara y más luminosa cuando se conozcan los hechos y las circunstancias que, con su proverbial honradez y extraordinaria memoria, relató para las páginas de este libro.

Pero debe tenerse presente que estas "Memorias" no pretenden abarcar todo el lapso de su vida, ni siquiera de su vida como funcionario público. Son pinceladas dispersas que yo he procurado ordenar cronológicamente y que con frecuencia se tocan y aun se sobreponen; por ello fue preciso intervenir un poco en el estilo. Su contenido, sin embargo, es de tal importancia, que muy frecuentemente he hecho caso omiso (como habrá de hacerlo el lector) de la forma, para dejar todo el fuerte sabor de verdad que tienen las palabras mismas del hombre cuya honradez fue reconocida aun por sus más enconados enemigos y cuya veracidad (que es otra forma de honradez) tuve la oportunidad de comprobar durante más de treinta años de íntima amistad sin encontrar un solo caso en que hubiera alterado voluntaria o involuntariamente los hechos o circunstancias que refería.

Un hombre que vivió y actuó como figura principalísima en nuestra historia contemporánea, que tuvo como norma invariable de su vi-



Don Adolfo de la Huerta en 1954



Adolfo de la Huerta, a la edad de 8 meses. Enero de 1882.

da la honradez más acendrada y que además contaba con una memoria asombrosa, es, sin género de duda, la fuente más rica y más digna de confianza para una información histórica imparcial, verídica, definitiva.

Escuchemos, pues, a ese ciudadano excepcional referir en sus varias conversaciones la verdad de los hechos pasados, y no pidamos elegancias de lenguaje ni adornos literarios, que la verdad no requiere perifollos.

ROBERTO E. GUZMÁN ESPARZA

México, D. F., octubre de 1957.

PRIMERA PARTE

PRIMERAS ACTIVIDADES.—CALLES, MAESTRO DE ESCUELA.—LA REVOLUCION MADERISTA.—DE LA HUERTA Y OBREGON SE ENCUENTRAN.—DE LA HUERTA, DIPUTADO EN SONORA.—CALLES, COMISARIO DE AGUA PRIETA.—OBREGON, PRESIDENTE MPAL. DE HUATABAMPO.—EL PRIMER CHOQUE.—EL OROZQUISMO.—BATALLA DE S. JOAQUIN.—MADERO Y EL PROBLEMA DEL YAQUI.—LOS YAQUIS COOPERAN.—EL CUARTELAZO.

ACTIVIDADES PREVIAS A LA REVOLUCION DE 1910

AUNQUE don Adolfo de la Huerta se hallaba en comunicación con la tribu yaqui desde los años de 1903 ó 1904, no había tratado con ellos nada relativo a un movimiento armado, pues a la sazón sólo existían las prédicas de Ricardo Flores Magón, quien a través de su periódico *Regeneración* informaba de los trabajos que en la oposición, que él representaba, se desarrollaban en varias regiones del país.

Los simpatizadores tenían comunicaciones a través de escritos pero sin conocerse personalmente, y así fue como el señor De la Huerta se relacionó con muchos de los que después aparecieron levantados en armas como Salas, Miguel Alemán, Carvajal, Pino Suárez y Tomás Pérez Ponce, éste de Yucatán.

Por lo tanto, antes de 1908, las relaciones de los yaquis con el señor De la Huerta se reducían a manifestaciones de simpatía y entendimiento derivadas de las que habían mantenido con el padre y el abuelo del mismo.

En 1908 hubo ya algo que alentaba a los descontentos a pensar en un movimiento armado para derrocar al régimen de Díaz.

Se esperaba el resultado de las famosas declaraciones que el general Díaz hizo a Creelman, pues se consideraba que, aunque improbable, era posible que el viejo dictador hubiera resuelto cambiar radicalmente su política interna y cumpliera su promesa de permitir al pueblo de México libertad completa para la elección tanto de presidente y vicepresidente de la República, como de los gobernadores de los diversos Estados.

El primer desengaño, ya esperado, lo tuvieron en el caso de Sinaloa donde figuraron como candidatos José Ferrer y Diego Redo. Había una mayoría notoria en favor de Ferrer, pero el mismo sistema que había

imperado por tantos años volvió a funcionar, y la presión del centro hizo que se diera el triunfo a Diego Redo.

Vinieron posteriormente las persecuciones al señor Madero y éste, desde el extranjero, dio aviso a don José María Maytorena de que se le tenía señalado como a uno de los que serían aprehendidos por el gobierno de Díaz, pues se sabía que tenía orden de levantarse en armas en la fecha que se había escogido para la sublevación general en la República y en cuyo movimiento el señor Maytorena actuaría como gobernador y comandante militar del Estado de Sonora.

Maytorena, entonces, salió para los Estados Unidos sin avisar a nadie y cuando ya se encontró en territorio americano, el 14 de septiembre, mandó recado con un enviado al señor De la Huerta encargándole que avisara a Fortino Vizcaino, que era uno de los más ligados a su grupo y a Alberto Torres, para que todos ellos se trasladaran al extranjero para integrar la Junta Revolucionaria que iba a establecerse en Nogales, Arizona.

Ni Alberto Torres ni Vizcaino estuvieron en condiciones de abandonar a sus familias y De la Huerta, solo, la emprendió al norte, llegó a Nogales y pasó lista de presente ante Maytorena, Carlos Randal, Víctor M. Venegas y Cayetano Navarro, que fueron los primeros que se instalaron en Arizona con el carácter de representantes del maderismo. Ese mismo día llegó el agente viajero Carlos Plank que, de acuerdo con De la Huerta, actuaba también en las filas de la oposición.

De Nogales, y en calidad de representante o delegado de la Junta, salió el señor De la Huerta para el centro del país a fin de establecer conexiones entre la Junta y los grupos de similares tendencias en la República. Su misión era delicada y peligrosa y abundaron las peripecias, las persecuciones y las vejaciones, pero él logró su objeto antes de regresar a Nogales donde la Junta quedó definitivamente situada.

Posteriormente, y enviado por el propio Maytorena, el señor De la Huerta entró a Guaymas con el fin de recoger el nombramiento de gobernador y comandante militar que Madero le había extendido cuando estuvo en Guaymas. También a Benjamín Hill le había dado nombramiento de coronel, y con igual grado había dado nombramiento al señor Adolfo de la Huerta.

Maytorena tenía interés de recoger aquel documento que acreditaba su personalidad dentro del movimiento, pues conforme al Plan de San Luis, se debía reconocer como jefe del movimiento en el Estado al que tuviera mayor número de gente y Juan Antonio García, que era muy popular en el oriente del Estado, andaba reclamando esa posición.

Don Adolfo, naturalmente, entró de incógnito valiéndose de la amistad de un conductor; llegó a Guaymas, recogió de la hermana de don Pepe Maytorena el documento en cuestión y regresó a Nogales.

Poco después se recibió en la Junta una comunicación de los levantados en el sur, procedente del que fuera más tarde general Trujillo, diciendo que no contaba más que con 60 hombres con una dotación de dos o tres cartuchos por plaza. Que sabía que la población de Ortiz tenía una guarnición de 75 federales a las órdenes de un capitán Meza, y pedía que se le acercaran algunas partidas para que en cooperación con él se atacara la plaza.

No habiendo ninguna otra partida en aquella región, sugirió el señor De la Huerta pedir a los indios yaquis su ayuda, aprovechando la buena amistad que con ellos le ligaba. Ello requería penetrar en secreto a Hermosillo, donde residía el "cobanahue" o gobernador yaqui Dolores B. Amarillas para pedirle un emisario que llevara a los indios alzados la invitación a participar en el ataque de Ortiz.

Al conocer aquel proyecto, Carlos Plank se animó a acompañar a De la Huerta y juntos hicieron el viaje metiéndose atrevidamente a La Casita, punto cercano a Hermosillo, así llamado porque existía ahí una casita de guardavía. De allí bajaron a Puente Colorado, donde vivían los llamados "yorigüines". En la noche (pues los trenes de carga corrían de noche) se bajaron por allí y, de la casa de los señores Gómez, se envió un comisionado para que viera a Amarillas.

Acudió el gobernador yaqui, que ya era amigo de De la Huerta; se enteró de lo que se trataba y mandó un emisario que, al regreso, comunicó que bajarían los indios a Switch Tapia para hablar; que harían señales con humaredas.

De la Huerta y su acompañante salieron de Hermosillo llevados por dos peones amigos en una carretilla de ferrocarril hasta las cercanías del sitio indicado; vieron las humaredas que se les habían anunciado y bajaron los indios con el Sibalaume, con quien venía El Güero Soto, muy conocido de don Adolfo en Guaymas. Parece que también les acompañaba un tal Jesús Palma.

El general Sibalaume venía al frente de 800 hombres. Plank y De la Huerta hicieron con ellos la caminata a Ortiz. Felizmente no era necesario aquel contingente, pues los federales habían evacuado la plaza con particular satisfacción del señor De la Huerta puesto que él conocía personalmente al capitán Meza; sabía que era un viejecito que había ascendido desde soldado raso a capitán primero y que, en el caso, no hacía sino cumplir con su deber militar. Así que cuando, al penetrar en Ortiz los indios quisieron perseguir a los fugitivos federales,

hábilmente, don Adolfo distrajo a Sibalaume con un fonógrafo que encontró en la tienda de un chino. El aparato era desconocido para los yaquis, y oyéndolo se olvidaron de la persecución que habría sido fatal para los infelices 75 hombres, probablemente cogidos en "leva", y para el viejecito Meza.

La compañía de los indios molestaba a Carlos Plank, pues su padre había perecido en un asalto dado por los yaquis y le parecía que la sombra de su progenitor se levantaba de su tumba para reprocharle que hiciera amistad con la raza de sus asesinos. Por ello, cuando en Cruz de Piedra recibieron la noticia de que se había firmado la paz, se separaron de los indios y llegaron a Guaymas buscando la confirmación de aquel informe. Entraron los dos solos y Leonardo Camou les confirmó la noticia.

Inmediatamente De la Huerta se puso en comunicación con la Junta de Nogales, pues ya funcionaba el telégrafo. Don Luis Torres, que había sido el último gobernador del régimen de Díaz, salió huyendo. Por otra parte, Gayou, nombrado gobernador provisional por el señor Madero, se presentó y juntamente con el señor De la Huerta procedieron a la rendición de los federales, o mejor dicho, a tomar nota de la sumisión del ejército federal que había en Sonora.

Se tomó Hermosillo, donde había sido nombrado presidente municipal interino don José María Paredes para que, siendo persona ajena a la política, se encargara de entregar la plaza.

Pasaron después a Guaymas. Allí tocó a don Adolfo salvar la vida de Francisco Chapa a quien tenían prisionero y condenado a ser pasado por las armas a causa de la muerte de los Talamantes. Chapa había sido profesor de don Adolfo y cuando su esposa tuvo conocimiento de la aprehensión, fue a ver al señor De la Huerta en la casa de Maytorena para suplicarle que intercediera en su favor. Consiguió don Adolfo que Maytorena telegraficara al señor Madero; otro telegrama envió él mismo, no así Gayou que no quiso solicitar aquel perdón.

Madero ordenó que se enviara al detenido al otro lado de la línea divisoria, sustituyéndose la pena capital por la de exilio.

Se le había condenado a muerte porque entre él y el general Ojeda habían fusilado al viejo coronel Talamantes, y a sus hijos, haciendo gala de saña y crueldad.

Los yaquis, ya en plan de campaña, tuvieron dos encuentros con tropas federales, de los que no se tienen detalles. Don Adolfo supo tan sólo que habían triunfado contra dos partidas de federales en el rumbo de Vicam.

Después del triunfo y la pacificación, Gayou comunicó a De la Huerta que los señores Pino Suárez y Manuel Bonillas iban a hacer una visita al Estado y que era necesario bajar a los indios porque traían instrucciones del señor Madero de ponerse en contacto con ellos. Don Adolfo fue a Cruz de Piedra, allí mandó un enviado a los indios y éstos regresaron con él hasta Empalme.

Llevó a los jefes a Guaymas y con fondos del gobierno los hizo vestir bien para llevarlos a Empalme a esperar la llegada del tren en el que venían el vicepresidente Pino Suárez y don Manuel Bonillas.

Ambos hablaron a los indios y el discurso del vicepresidente fue particularmente brillante, pero los indios se miraban unos a otros como preguntándose si entendían y finalmente, uno de ellos, dando con el codo al señor De la Huerta, le dijo:

—No entendemos lo que dice ese hombre. ¡Quién sabe qué diría!

El señor De la Huerta entonces hizo saber a los oradores que en su concepto lo que había que decir a los indios era solamente que se les darían las tierras que pedían y que eran de su legítima propiedad.

En diversas ocasiones, posteriormente, como se verá en el curso de los siguientes relatos, los yaquis respondieron al llamado del señor De la Huerta y siempre que hubo oportunidad para ello le demostraron su lealtad y su afecto.

PLUTARCO ELIAS CALLES, MAESTRO AUXILIAR

ALLA por el año de 1893 ó 1894, el Estado de Sonora contaba con el llamado Colegio de Sonora que funcionaba en Hermosillo bajo la dirección del eminente pedagogo don Carlos M. Calleja.

Entre el personal de tal instituto educativo que desempeñaba las funciones del profesorado, se encontraba un distinguido poblano: Francisco Chapa; estaban también los profesores Dvorac y José Luis Carranco, igualmente originarios de Puebla y el profesor Epifanio Vieyra, que más tarde fuera uno de los entusiastas precursores de la revolución antiporfirista y a quien, con motivo de la huelga de Cananea, se le internó en San Juan de Ulúa.

Otro profesor normalista originario de Guaymas, Francisco Angulo, servía igualmente en el Colegio de Sonora junto con su paisano Plutarco Elias Calles, que actuaba como ayudante de párvulos.

Había en aquellos tiempos una pronunciada rivalidad entre hermosillenses y guaymenses; éstos llamaban a aquéllos "pitiqueños" y eran correspondidos con el mote de "pata salada". Tal rivalidad hacía que los guaymenses, en menor número, procuraran estar muy unidos para defenderse de las acometidas de los pitiqueños.

La población escolar se hallaba así dividida cuando ingresó al Colegio de Sonora y en calidad de interno un guaymense más, joven, alegre y entusiasta: Adolfo de la Huerta.

Tan pronto como el recién llegado se dio cuenta de la situación existente, y ello fue desde el primer día de su ingreso, se unió al grupo de los "pata saladas" entre los cuales pronto logró gran ascendiente. Pero muy al principio alguien le dijo que uno de los profesores ayudantes era también de Guaymas y le señaló al interesado a la vez que le daba el nombre: Plutarco Elías Calles. De la Huerta, con su carácter abierto y franco, se dirigió en seguida al aludido:

—Me dicen que es usted de Guaymas. ¿Es cierto?

—Sí; soy de Guaymas.

—¿De qué familia?

—De la mía.

La pregunta de De la Huerta no había sido motivada por indiscreta curiosidad, sino enteramente natural, ya que, siendo Guaymas una población relativamente pequeña, las relaciones de parentesco de sus residentes eran de todos conocidas. La respuesta seca y descortés de Calles, por lo tanto, lo desconcertó un poco y no insistió más, pero terminadas las clases de la tarde, el propio Calles le buscó y le explicó que había estado quizá un poco descortés en aquellos momentos porque estaba dando sus órdenes a los párvulos y no podía prestar atención a otra cosa. No aclaró nunca Calles a qué familia pertenecía de entre las de Guaymas, pero sí confirmó ser originario de dicho puerto y convino con su más joven paisano en que debían unirse.

Esa fue la primera vez que ambos se encontraron.

Poco tiempo después Calles fue trasladado a Guaymas, donde un hermano menor de De la Huerta, Alfonso (quien más tarde fuera general revolucionario) se contó entre sus alumnos. Adolfo y Plutarco no volvieron a encontrarse sino hasta 1900 cuando la muerte del padre de los De la Huerta trajo a aquél de vuelta a su ciudad natal interrumpiendo los estudios que seguía en la Preparatoria de la ciudad de México.

Aquellos años de la vida de Plutarco Elías Calles fueron muy poco afortunados; no parecía sino que un destino adverso le perseguía constantemente.

En Guaymas circuló una versión malévola que le acusaba de haber dispuesto de dineros que, como cajero de una agrupación de profesores, le habían sido confiados. En realidad no hubo tal falta. Ocurrió que se le pidió entregara cuentas, y al hacerlo fue requerido para que exhibiera el efectivo que aparecía en caja. El pidió de plazo hasta el día siguiente para hacer dicha entrega y eso, que probablemente se debió a que tenía depositados los fondos en algún banco o casa comercial, o simplemente no los tenía en el bolsillo ni en su domicilio en esos precisos momentos, motivó la malévola versión que fue dada al viento por algún profesor mal dispuesto para con él y que, incidentalmente, recibió, como consecuencia de su maledicencia, fuerte pistoletazo en la cabeza, propinado por el indignado Calles.

Pero a más de que aquella versión, falsa y todo, se extendió, Calles, dejando el magisterio, emprendió un comercio asociado con alguien que no gozaba de muy buena fama. Más tarde salió para el norte, haciendo correr la versión de que iba a reclamar la herencia de un tío, pero parece que, en realidad, fue a tratar de conseguir la gerencia de un molino harinero por el rumbo de Fronteras.

La amistad y protección del entonces secretario de gobierno de Sonora, Alberto Cubillas, vinieron a favorecerle y fue nombrado presidente municipal de Fronteras, pero o no estuvo muy acertado en su actuación, o nuevamente le persiguió la mala suerte. Lo cierto es que surgieron malas voluntades en los vecinos y Calles tuvo que volver a Guaymas.

En esos días su hermano Arturo Elías era propietario de un hotel. Plutarco fue puesto como encargado de la cantina. El hotel se incendió poco después y como estaba bien asegurado, no faltaron malas lenguas que propalaran la versión de un incendio provocado intencionalmente y aun señalaron a Plutarco como el autor. Pero, en honor a la verdad, hay que decir que el cargo resultaba infundado. No era Plutarco el propietario y no le beneficiaba a él personalmente el importe del seguro. Es cosa sabida, no obstante, que se extiende con más facilidad un rumor falso que daña una reputación que la más completa de las aclaraciones que limpia un nombre calumniado. Y muchos años después, cuando Calles figuraba prominentemente en la política mexicana, sus enemigos sacaron a la luz aquella versión que le acusaba de incendiario.

Después Calles se asoció con un señor Santiago Smithers, descendiente de norteamericanos, hombre honesto, trabajador y que gozaba de prestigio y general estimación en el Estado. La nueva sociedad prosperó al principio, pero el incendio de un almacén y los primeros brotes

de la revolución descompusieron la situación y fue entonces cuando Calles se inclinó en favor de la tendencia revolucionaria.

Por lo que hace a su antigüedad en el campo revolucionario, algunos historiadores han pretendido atribuirle relaciones con el Club Verde de Hermosillo, allá por 1901 ó 1902, pero no es de creerse que haya sido así, pues ya para entonces Calles se hallaba en Guaymas.

Su amistad con Cubillas volvió a favorecerle y fue nombrado tesorero municipal de Guaymas, pero nuevamente la mala suerte se ensañó con él: al recibir la Tesorería de manos de su antecesor, éste le entregó, entre otros documentos y como efectivo, un vale personal por la cantidad de seis mil pesos. Calles, por error, por exceso de confianza o por simple descuido, aceptó tal vale, y cuando poco después un visitador de apellido Rodríguez le practicó una visita y encontró aquel vale, naturalmente no quiso aceptarlo, y levantando la correspondiente acta se dispuso a consignar a Plutarco como responsable del delito de peculado.

Calles se movió rápidamente y consiguió entre sus amigos la cantidad requerida que suplió a la Caja de la Tesorería; pero el visitador, que parecía tener particular empeño en causarle daño, hizo de todos modos la consignación.

Plutarco, entonces, fue a hablar con Cubillas exponiéndole los hechos y éste le tranquilizó y le prometió que el asunto no pasaría de allí, que se dejaría dormir el expediente, y Calles hubo de conformarse con aquello que le dejaba una espada de Damocles sobre la cabeza.

LA REVOLUCION MADERISTA

SE acercaba el movimiento de 1910. Calles había vuelto al negocio de comisiones con Santiago Smithers, y como anteriormente había manifestado a De la Huerta sus simpatías por aquellas ideas, don Adolfo, que había dejado la gerencia de la casa Fourcade para dedicarse de lleno a las actividades prerrevolucionarias, escogió el almacén de Calles y Smithers para celebrar sus juntas. Aquello provocó algunas protestas, pues muchos creían que Calles no era de confianza y lo consideraban porfirista. Pero De la Huerta, que lo conocía bien, tuvo confianza en él y las reuniones continuaron celebrándose en el almacén aquél. Por lo demás, no se vio defraudada tal confianza y Calles fue leal a sus amigos. Pero cuando se le invitó a secundar el movimiento con

Maytorena, uniéndose a la Junta Revolucionaria en Nogales, Calles rehusó explicando que en aquellos días su amigo y protector Alberto Cubillas fungía como gobernador interino, y que aun cuando el movimiento se perfilaba contra el general Díaz, habría de alcanzar sin remedio al gobierno de Sonora y él no quería hacer nada que pudiera herir o molestar al hombre a quien debía tanto.

—Estás completamente justificado —le dijo De la Huerta—. No te importe; mañana o pasado yo haré constar tu filiación revolucionaria, tus simpatías, tu lealtad para el movimiento de renovación.

Y cumpliendo aquella promesa, De la Huerta tuvo largas discusiones con Maytorena, que acusaba a Calles de ser enemigo del movimiento y reprochaba lo que él llamaba una ingenuidad de don Adolfo, o por lo menos un exceso de condescendencia. Carlos Randall, pariente de De la Huerta y un poco boquiflojo, llegó a calificarlo de "tapadera" de su amigo.

Posteriormente, la Junta Revolucionaria de Nogales, que encabezaba Don José María Maytorena, pidió a De la Huerta que ejerciera su influencia cerca de la tribu yaqui para que esos infatigables guerreros se unieran al maderismo.

Las relaciones que don Adolfo de la Huerta tuvo con la tribu yaqui han sido ya dadas a conocer por los escritos de Vito Alessio Robles y de Rivera. Databan de su abuelo, que fue una especie de Quetzalcoatl entre ellos. Fue un español que se quedó a vivir con la tribu, tomando verdadera carta de ciudadanía entre los yaquis. Fue muy querido de los indios lo mismo que el padre de don Adolfo y, naturalmente, aquello reflejó en la personalidad de éste. Como, por su parte, él les quería bien y les defendió siempre de la injusta campaña que les hizo la dictadura de Díaz y después, por desgracia, el constitucionalismo, los yaquis siempre fueron sus amigos.

En aquella época, don Adolfo escribió varios artículos en los periodiquillos que se atrevían a medio oponerse, tales como El Correo de Sonora y otro de Adrián Valadez. Era muy conocida su constante protesta por las injusticias que se cometían con los indios y ellos lo sabían por conducto de su "cobanahue" o gobernador (que era el delegado oficial del gobierno cerca de los indios llamados "mansos" porque estaban en paz) que vivía en Guaymas y se llamaba Cayetano Leyva y era, además, muy amigo de De la Huerta. Por supuesto que por debajo de cuerda, estaba en connivencia con los indios que andaban en la sierra defendiendo sus tierras y sus derechos. Porque para los yaquis no existió el cura Hidalgo ni la Independencia. Ellos siempre estuvieron defendiendo sus tierras y no dejando a los españoles que se metieran a su

territorio por la fuerza. Los que lo hacían en forma pacífica, como el abuelo de De la Huerta, sí eran bien recibidos.

Durante toda la propaganda maderista, De la Huerta estuvo en connivencia con ellos; les mandaba agentes, le hablaban a Guaymas y él los trataba. No encontraba más oposición que la de un mulato que había sido enviado de Flores Magón y al que apodaban por ello "el magonista" y que no quería que se unieran al maderismo; pero De la Huerta los convenció y fueron maderistas los yaquis.

DE LA HUERTA Y OBREGON SE ENCUENTRAN POR PRIMERA VEZ

AL triunfo de la revolución maderista, y al regresar a Guaymas, De la Huerta se encontró con un amigo originario de Navojoa: José Morales, propietario de un molino harinero, quien, como hombre de buena posición económica, era partidario de lo que ellos llamaban "el orden y el gobierno constituido"; se le catalogaba entre los miembros del Partido Científico de Navojoa y anduvo huyendo durante el movimiento de 1910.

Don Adolfo saludó a aquel José Morales y éste le presentó a Alvaro Obregón que le acompañaba. Supo entonces que habían venido los dos huyendo de las fuerzas maderistas, después de haber estado en El Quiriego y luego en el Rancho de la Cruz, como lo relató posteriormente el sobrino de Obregón, Sr. Salido Orcillo, en algunos artículos aparecidos en el diario Excelsior. Se embarcaron después en Yavaros y llegaron a Guaymas, que entonces tenía las características de una plaza semiliberal, que recibía a todo el mundo.

En la conversación que se inició, y al saber Obregón que De la Huerta venía como líder maderista, le interpeló:

—Bueno, ya ganaron ustedes, ¿Y qué ganaron?

—Pues, desde luego, el derecho de que todos los ciudadanos puedan escoger libremente sus representantes y mandatarios.

—¿Y será un hecho eso?

—Indudablemente; ya que, si no fuera así, habría resultado inútil la sangre derramada y el movimiento que ha sido tan intenso en todo el país, no terminaría, seguiría.

—Pues ojalá que sea así.

—Y conste que hemos luchado no solamente por nosotros, sino también porque ustedes tengan voto. Todos; no solamente los amigos, sino también los enemigos pueden escoger y discernir sobre los mejores elementos que vayan al gobierno.

—¡Ah! Así es que el que tenga más saliva tragará más pinole.

—Bueno, interpretando el decir: el que tenga más partidarios indudablemente será el que resulte electo al puesto para el que haya aspirado o lo hayan señalado los ciudadanos votantes.

Y De la Huerta continuó haciéndole notar los beneficios para la gente humilde: que ya no habría esclavos en las haciendas como se habían visto en tiempos pasados; que ya los trabajadores podrían libremente dejar su trabajo cuando quisieran buscar uno mejor; que ya las deudas de los padres no pesarian sobre los hijos, etc., etc., y las ventajas que significaba en el orden general el movimiento, no solamente en el orden político sino en el orden social, cuyos aspectos bien marcados eran muy conocidos de los habitantes del norte y las muchas disposiciones que daba el señor Madero y que apenas les llegaban a los miembros de la Junta Revolucionaria de Nogales.

—Bueno —repuso Obregón—, así es que si un enemigo, o por lo menos uno que no ha sido amigo, cuenta con mayorías ¿se le reconocerá su representación?

—Indudablemente. Si un enemigo cuenta con mayorías populares, ya desde ese momento deja de ser enemigo, porque habrá demostrado con eso que tiene el respaldo del pueblo humilde, que es el que constituye la mayoría.

No echó Obregón aquello en saco roto, ni el hecho de que se predicaba la unión de los mexicanos y que De la Huerta, en el sur, era de los más fervorosos en tal prédica, pidiendo se suspendiera toda persecución de los enemigos; que todos deberían formar una gran familia para buscar el bienestar de la patria, etc., etc. “Ensoñaciones de hombre que no está viendo la realidad”, según dijo posteriormente alguna vez el general Obregón; pero el hecho de que más tarde las calificara así, no le impidió aprovecharlas entonces para iniciar su carrera política.

POLITICA LOCAL EN SONORA DE LA HUERTA DIPUTADO

DESPUES del triunfo de la revolución maderista en Sonora, y debido a la participación directa que tomó en ella y a las conexiones con todos los jefes de aquel movimiento que poseía, el señor De la Huer-

ta fue considerado como un elemento de gran fuerza política y en consecuencia se le eligió presidente del partido revolucionario que postulaba a Maytorena para gobernador y a Gayou para vicegobernador, siendo además candidato a secretario Víctor N. Venegas que, posteriormente, fue por mucho tiempo secretario particular del propio Maytorena, y se señalaba para tesorero a Carlos Plank, amigo y compañero de De la Huerta desde 1910.

Todo eso fue resuelto en las juntas que se llevaron a cabo en Guaymas y Hermosillo y los representantes de aquel partido, encabezados por De la Huerta, recorrieron todo el Estado haciendo propaganda por sus candidatos y conteniendo contra Manuel Mascareñas que, en el norte, era el candidato para gobernador, figurando como candidato para la vicegubernatura don Francisco de P. Morales, hombre liberal y de simpatías por el movimiento libertario, según se había mostrado en las postrimerías del maderismo.

En el sur del Estado, la candidatura de Joaquín Urrea contó al principio con algunos partidarios.

De la Huerta y sus amigos tuvieron gran éxito en los pueblos del sur con la planilla Maytorena—Gayou; no así en el norte, especialmente en Cananea, donde Maytorena tenía partidarios, pero Gayou no. Allí se dividían los obreros entre Francisco Morales y don Ignacio Bonillas, quien al final vino a figurar como candidato a diputado.

Triunfó la planilla Maytorena-Gayou y don Adolfo de la Huerta resultó electo diputado por Guaymas. Al principio él mismo desconocía los trabajos que se hicieron en su favor, pues éstos se iniciaron cuando él andaba en la jira de propaganda. Fue postulado De la Huerta como propietario y Torcuato Marcor como su suplente.

Durante su ausencia, Calles se acercó a Maytorena haciéndole más o menos estas reflexiones: "De la Huerta es hombre útil en cuestiones de contabilidad y está reconocido como persona honorable; puede usted aprovecharlo en su administración con algún puesto importante. En cambio yo, por circunstancias especiales, tendré que jugar en otra forma y yo quiero, si es posible, que usted me apoye para lanzarme como candidato a diputado por Guaymas."

Los dos grupos políticos que había en aquella población, postulaban a De la Huerta. Maytorena, sin embargo, no quiso o no pudo negarle aquel servicio a Calles y, para ayudarlo, lo mandó con su secretario particular, que lo era entonces Luis Alvarez Gayou, para que lo presentara a la agrupaciones. Pero en el primer club fue repudiado y en el segundo, pese a la inteligencia y las simpatías que Gayou tenía, hubo



*Dedico este modesto presente a su excelencia
Don Adolfo de la Huerta, que representó a
la Junta Organizadora del Partido Liberal
Mexicano el año de 1906 en Los Angeles Ca-
lifornia, Precursora de la Revolución Social
Mexicana*

*De izquierda a derecha de pie: Anselmo L. Fi-
gueroa, Rafael Romero Palacios, Enrique Flores
Magon y el Profesor Librado Rivera.*

*En el centro sentado el Lic Ricardo Flores Magon,
Director*

Rafael Romero Palacios.

México, D. F. a 10 de Julio de 1915.

ALCANCE AL Núm. 2601 DE
EL CORREO de SONORA
GUAYMAS, MAYO 24 DE 1911.

Todo el mundo, en esta población, se ha sentido alarmado, hasta cierto punto, dudando de que fuera un hecho la tan deseada paz, toda vez que hasta estos momentos (las diez de la mañana) nada oficialmente se ha publicado sobre tan trascendental asunto, por mas que el solemne pacto de cesación de hostilidades fue firmado el día 22 por la noche.

Semejante silencio, por parte de la autoridad llamada á divulgar tan fausta noticia, es real y verdaderamente incomprensible, máxime cuando la mayoría de los habitantes conocen el hecho ya directa ó indirectamente, pero de un modo extra oficio.

Con objeto de traer la calma á los ánimos exaltados de esta sociedad, los Sres. D. Leonardo Camou y D. Adolfo de la Huerta, tuvieron la enérgica y patriótica inspiración de dirigir atento telegrama, ayer tarde, al Sr. General en Jefe de la 1.^a Zona Militar, preguntándole si tenía parte oficial de haberse firmado el tratado de paz. La respuesta del Sr. General D. Luis E. Torres, no se hizo esperar, y para satisfacción del público en general y de nuestros apreciables lectores, la reproducimos á continuación.

Hermosillo, Mayo 23 de 1911. - Sres. Adolfo de la Huerta y Leonardo Camou Guaymas. Su telegrama hoy. No solamente por muchos conductos particulares, sino por telegrama anoche de la Secretaría de Guerra, que dice:

"Anoche se firmaron los convenios de Paz. El Sr. Presidente renunciará antes del 31. Habrá cambios de todo el Gabinete, ocupando la Presidencia de la Barra por ministerio de ley y cesando, por lo mismo todas las hostilidades. (Firmado.) LUIS E. TORRES."

de salir del salón entre siseos. No aceptaban en manera alguna a Calles como candidato.

Para De la Huerta, la posición de Calles dentro del movimiento era clara y definida; no así para la gente de Guaymas, ni para Maytorena y algunos otros, que la consideraban dudosa por el hecho de que había servido en años anteriores a la administración porfirista como presidente municipal de Fronteras durante algunos meses y además porque durante aquella actuación suya hubo algunas acusaciones de vecinos (parece que era asunto de faldas) y el gobierno se vio obligado a separarlo de aquel puesto.

A su llegada a Guaymas, ya tenía De la Huerta noticias de la actitud de Calles; ello no le importó; se trataba, a su juicio, de un elemento que se sometía a la consideración del pueblo para que éste le otorgara o no su representación en el congreso local.

Se encontraron en la estación y Calles, tomándole del brazo para apartarle de los amigos que le rodeaban, le dijo:

—Hombre; yo quiero confesarte que te quise comer el mandado, pero no pude. Estás muy fuerte.

—No tengas cuidado —repuso De la Huerta—, continúa tú en la lucha.

—No; no tiene caso. Yo sabía muy bien, conociendo tu carácter, que no ibas a contrariarte por esa actitud mía cuando le hablé a Maytorena.—Y a continuación la refirió lo que con aquel había hablado.

De la Huerta consideraba que aquella no había sido una actitud censurable por parte de Calles, quien sólo trató de colocarse en la posición en la que consideraba que podía salir triunfante, de preferencia a un puesto administrativo que Maytorena pudiera darle, pues sabía que había un ambiente poco favorable para él con motivo del asunto aquel de la Tesorería.

En la iniciación de aquella campaña, la dificultad principal que el partido encabezado por De la Huerta encontraba, consistía en la candidatura de Gayou para vicegobernador. En vista de ello decidieron hacer una convención en Hermosillo y en ella lograron el triunfo de su fórmula. Pero hubo un grupo de disidentes, encabezados por Roberto Pesqueira, que manifestó inconformidad con el resultado. Por complacerles se organizó una segunda convención en Guaymas.

De la Huerta estaba seguro de que contaba con las mayorías. Había pulsado el sentir de todo el Estado durante la jira y se había ganado muchos de aquellos elementos que él llamaba "botones" porque son como botones que al oprimirlos ponen en movimiento centenares o millares de amigos suyos. Decía que a esos hay que ganárselos aunque

permite que continúen sus actividades comerciales. Ahora, que yo no lo haría.

—No; no me importa lo que tú harías. Tú eres un hombre raro. Pero la cuestión es que si en tu opinión es legal o no lo es.

—Enteramente legal y puedes hacerlo.

—Bueno, pues quiero que me consigas con Gayou ese puesto.

Don Adolfo había sido presidente del Partido Revolucionario Sonorense que llevó al triunfo la candidatura de Maytorena para gobernador y la del ingeniero Eugenio H. Gayou para vicegobernador, y como había resultado muy reñida la lucha en favor de este último, pues Gayou, naturalmente le estaba agradecido.

No es por demás hacer notar que en aquellos tiempos, las elecciones en Sonora fueron enteramente libres. Los candidatos opuestos a Gayou, eran Francisco de P. Morales de Ures y el ingeniero Ignacio Bonillas y como ambos tenían partidarios, la batalla fue dura y el triunfo para Gayou, apretado. Y por las mismas razones el resultado de las elecciones para los integrantes del congreso local fue apretado: triunfaron seis partidarios de Gayou, pero otros seis eran de la oposición; el décimotercero, que lo fue don Adolfo de la Huerta, se había desligado expresamente de todo compromiso al tomar posesión de su curul. Por esa razón cuando una votación se hallaba empatada, el voto de De la Huerta resultaba decisivo.

Por estas y otras razones antes apuntadas, la personalidad política del señor De la Huerta era realmente fuerte e influyente. Ello se robustecía con el hecho de que, desligado efectivamente de todo compromiso previo, solamente podía contarse con su voto cuando se trataba de iniciativas benéficas al Estado.

Y, como había de ocurrir más de una vez en su vida política, sus amigos no creyeron que realmente se desligaba de todo compromiso anterior como se los dijo, sino consideraron que aquellas eran frases apropiadas, mas no sinceras. La oportunidad de convencerse de que don Adolfo sí iba a ajustar su conducta con aquellos propósitos, se presentó cuando se trató de la designación de presidente municipal de Hermosillo. Tanto el gobernador como el vicegobernador y el tesorero, se inclinaban por un ingeniero con quien habían tenido negocios antes, pero que distaba mucho de satisfacer las aspiraciones populares. Era un señor de apellido Fragoso. Su contrincante fue José Camou quien si contaba con la simpatía del pueblo. Así fue que cuando el asunto llegó al congreso y la votación estaba empatada a seis votos contra seis, le tocó a don Adolfo desempatar y él dio su voto en favor de Camou.

Buena falta le hacia al que sería general Obregón, un "padrino" dentro del movimiento que él no siguió y del que se había considerado opositor. Benjamín Hill, que también tenía una fuerte personalidad dentro del movimiento, le tenía en aquellos tiempos una marcada mala voluntad, pues cuando, antes del movimiento maderista, le encarcelaron, creyó que se había debido a denuncia o intervención de Obregón; además no podía olvidar que éste había sido partidario de don Ramón Corral. Posteriormente hicieron buena amistad, pero no dejaba de haber altercados entre ellos debido, sobre todo, a la manera un tanto brusca y desprovista de todo rodeo que el general Hill tenía para expresarse.

Ya de vuelta en Huatabampo, Obregón resolvió aprovechar la oportunidad que se le presentaba y que le habían subrayado las palabras de De la Huerta sobre la libertad y efectividad del sufragio.

La familia Obregón había figurado en el ayuntamiento. Pepe Obregón, hermano de Alvaro, y posteriormente general, había sido regidor del ayuntamiento; por ello, Alvaro tenía relaciones con los indios a través de su "cobanahue" o sea el gobernador de los mayos, pues también entre ellos había sus gobernadores. Entonces lo era Chito Cruz, que vivía en Júpari, a unos cuantos kilómetros de Huatabampo. Este indio estaba acostumbrado a obedecer las órdenes de las autoridades; conocía a Obregón y sabía que en muchas ocasiones, cuando se trataba de perseguir a algún bandido que merodeaba por la región, Alvaro estaba siempre listo para salir con sus hombres en persecución de aquellos que se colocaban fuera de la ley. Acostumbrado a eso, cuando llegó la petición de Alvaro de que le recomendará a todos los indios de su jurisdicción en todas las comisarias de Huatabampo que votaran por él, Chito Cruz acató aquella indicación y todos los indios la siguieron ciegamente.

Hay que hacer notar que Chito Cruz era un gobernador muy querido de todos los indios; precisamente por eso el gobierno del general Díaz se lo había ganado para que actuara como intermediario entre él y la tribu mayo.

El resultado de aquello fue que, al llegar las elecciones municipales para Huatabampo, todos los indios votaron por Alvaro Obregón; no así por los concejales, pues no podían retener en la memoria todos esos nombres. En la ciudad predominaba la candidatura de Pedro Zubaran, yerno del famoso Talamantes, que había muerto en la campaña de 1910. Por cierto que se acusaba a Obregón de haber sido quien le denunció ante don Lorenzo Torres con quien tenía amistad, pero no llegó a comprobarse esto.

EL PRIMER CHOQUE ENTRE DE LA HUERTA Y OBREGÓN

UN día se presentó Obregón a De la Huerta diciéndole que quería que se pusiera el agua en Huatabampo, y pidiéndole que le consiguiera capital para ello. Don Adolfo tenía buena amistad con los hombres de negocios, tanto en Hermosillo como en Guaymas. Se trataba de una obra benéfica para un pueblo del sur y aunque no era de su distrito, hizo las gestiones necesarias y consiguió reunir la cantidad de doscientos cincuenta mil pesos, tomando como base para la empresa la misma concesión que se había hecho en Guaymas, adicionada con unas cláusulas que hacían más liberal y de mayor beneficio la empresa para Huatabampo.

Pero al presentar su proyecto Obregón, como tenía de enemigos a los concejales, éstos se lo echaron abajo arguyendo que allí mismo contaban con capital de los garbanceros que era suficiente para hacer frente a la empresa y que no había por qué recurrir a capital de fuera. En ello tenían razón. La noticia fue publicada por un periodiquito que aparecía entonces con el título de *El Río Mayo* y a través de tal publicación De la Huerta se enteró de lo sucedido.

Entonces Obregón se presentó en Hermosillo y buscó a De la Huerta para decirle:

—No tenga usted cuidado; ya estoy consiguiendo que al irse los propietarios a levantar sus cosechas vengan los suplentes, llamados por mí. Ya hablé con ellos y se va a aprobar esto.

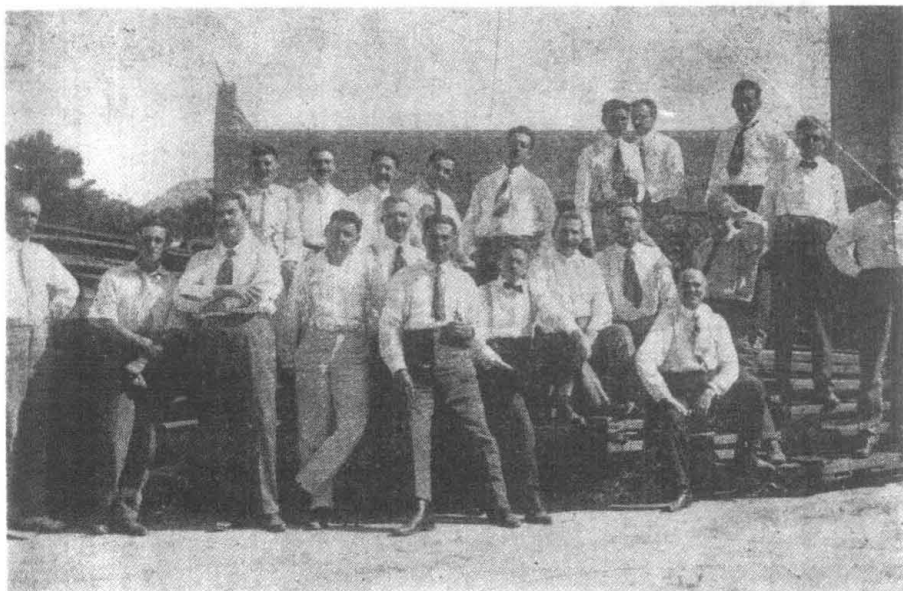
—Pero —replicó De la Huerta— si dicen que allí hay capital, entonces ¿para qué se necesita capital de fuera?

—Si; pero entonces usted quedaría fuera del asunto, quedaría a un lado.

—¿Pues qué, se había figurado, que yo llevaba interés personal en esto? —Y presa de gran indignación, don Adolfo apostrofó a Obregón con expresiones tan duras que, según él mismo decía, no comprendió cómo Obregón, usando la gran fuerza física que entonces poseía, no se le echó encima, y aquello terminó ordenándole De la Huerta salir del congreso donde tenía lugar la conversación.



Congreso local de Sonora



El calor en Hermosillo es fuerte, y el carácter sencillo y afable de su gobernante, don Adolfo de la Huerta, permitía reuniones como ésta, de esparcimiento sano y limpia alegría con sus amigos y colaboradores.

—Mil hombres.

—¿Que qué?...

—Pues mil hombres, señor Gayou.

—Fijese usted en lo que dice.

De la Huerta, que se encontraba al lado de Gayou, le dijo en voz baja: "Los puede reunir. Después le explicaré a usted por qué."

—¡Pero son mil hombres! Es un número exagerado ese.

—No, señor —replicó Obregón— yo me comprometo a reunir mil hombres y los tendrá usted a su disposición.

Gayou tuvo después dos o tres frases más que hicieron comprender a Obregón que no era persona grata para el vicegobernador.

Terminó la junta; se anotaron los nombres; volvieron a Hermosillo y durante el viaje, tratando de borrar la mala impresión que Gayou había recibido de Obregón, el señor De la Huerta le explicó dónde estaba la conexión de Obregón y por qué creía que sí podía reunir los mil hombres que había ofrecido, pues contaba con el Chito Cruz como jefe de los mayos que eran muy numerosos en las comisarias de los alrededores de Huatabampo. Gayou, sin embargo mantuvo su actitud intransigente.

Vino después la junta de Magdalena y al regreso a Hermosillo, se recibió un telegrama del señor Madero a Gayou transcribiéndole otro que había recibido de Obregón. Como éste había sentido que Gayou no le tomaba en serio, telegrafió directamente a Madero y Madero transcribió ese mensaje al jefe de la sección de guerra o sea Gayou.

—Mira a este tal por cual —decía Gayou a don Adolfo—, no me pudo sorprender y ahora va a sorprender a Madero. ¿Quién sabe cuáles sean sus propósitos al andar ofreciendo gente que no puede reunir? De la Huerta insistió en defender a Obregón, pero Gayou no se dejaba convencer; le había hecho mala impresión y cuando eso sucedía era muy difícil que cambiara de actitud. Y así ya tenía lista una comunicación francamente grosera para Obregón "por haber salvado conductos" pero, a instancias del señor De la Huerta no llegó a enviársela; solamente envió mensaje a Obregón diciéndole que estaba en espera de los mil hombres que había ofrecido. Tres o cuatro días después llegó un telegrama de Obregón pidiendo veinticinco mil pesos para el reclutamiento y explicando que necesitaba dejarlos a los familiares de los que saldrían, como era natural. Gayou comentó con don Adolfo diciendo:

—¡Ya apareció el peine! Para que veas que había algo detrás de todo esto. ¡Ya pide veinticinco mil pesos para el reclutamiento!

—¿Y qué tiene eso de particular? Hay muchos que son casados y quieren dejar algo a sus familias. Eso es muy justo y muy humano. —A

pesar de ello Gayou no contestó el telegrama aquel. A los pocos días nuevo telegrama de Obregón diciendo: "Con dinero mío y algunas partidas que me han facilitado amigos, he reunido diez y seis mil quinientos pesos para el reclutamiento y tengo ya alrededor de quinientos hombres. Si me manda usted el resto puedo completar los mil que le ofrecí." A lo cual contestó Gayou: "Véngase con los quinientos hombres que tiene usted."

La falta de ayuda por parte de Gayou desalentó a la gente y Obregón solamente llevó como trescientos hombres hasta Hermosillo, por cierto que después encontró muchas dificultades para que se le reembolsara el dinero que había gastado en el reclutamiento.

Obregón procedió con toda rectitud en aquel asunto, pero Gayou estaba intransigente y después resolvió que se quedara en Hermosillo, porque así lo había pedido la Cámara de Comercio.

Sucedía que todos los comerciantes conocían a Obregón, sabían que había sido líder corralista y sentían que él los protegería. Algo de eso debe haber llegado a oídos del interesado pues fue a hablar con De la Huerta (como cada vez que necesitaba ayuda).

—Hombre —le dijo—, tú que tienes tanta influencia con Gayou, a ver qué haces. Yo quisiera que no me dejaran aquí. Sé que la Cámara de Comercio me ha pedido, pero yo no he venido a cuidar tales por cuales. Yo quiero ir a Chihuahua; allá están los grados, quiero ir por ellos y ganármelos a la buena.

No le falló tampoco en esa ocasión su amigo y protector y consiguió de Gayou que fuera Obregón uno de los jefes que debían incorporarse a Sanginés, cuya llegada se esperaba. Así fue como Obregón, y Salvador Alvarado se unieron a la columna de Sanginés para combatir el oroquismo.

Obregón tuvo primero el grado de comandante. Después Maytorena le reconoció el grado de teniente coronel de la Fuerza Auxiliar del Estado y así quedó.

En esa su iniciación de la carrera militar, tiene Obregón un punto muy bonito. Cuando venía con aquellos trescientos hombres de Huatabampo, al pasar por el río Yaqui, fue asaltado, pues los yaquis odian a los mayos de quienes siempre fueron enemigos. Y sabiendo que venían en número de trescientos, levantaron un riel y atacaron el tren que conducía aquellos hombres aun desarmados. Tendrían en total unos catorce rifles, más un Savage que portaba Obregón.

Inmediatamente que se sintieron los primeros disparos, Obregón ordenó: —"¡Pecho a tierra. Los que tengan rifles rompan los cristales y hagan fuego!" — Y él, con su Savage, se fue hasta el pullman, consideran-

do que de ahí tendría oportunidad de cazar al jefe, como lo hizo. Parece que sus disparos fueron los que abatieron al jefe de aquella partida. Los demás indios, al ver caer herido a su jefe, lo recogieron y se lo llevaron, suspendiendo el ataque. Reparada la vía, pasó el convoy hasta Hermosillo.

Ya al lado del general Sanginés, que había sido nombrado por el gobernador del centro para encabezar la columna, Obregón salió para Chihuahua con esas fuerzas para atacar el flanco de los orozquistas. Allá tuvo lugar la batalla de Ojitos en la que se distinguieron por igual los generales Obregón y Alvarado, pero posteriormente, a su regreso a Sonora, los orozquistas, ya dispersos, acamparon en San Joaquín.

LA BATALLA DE LA DURA

DURANTE la actuación de don Adolfo de la Huerta en el congreso local de Sonora, siendo gobernador del Estado don José María Maytorena, hubo algunos distanciamientos entre ellos, debido a que De la Huerta, manteniendo la actitud independiente que había anunciado desde que entró en la Cámara, se opuso a algunas iniciativas de Maytorena.

Por otra parte, y siempre con espíritu ecuaníme, De la Huerta defendió a capa y espada a Maytorena cuando el congreso del Estado quiso hacerle responsable de la suma de quince mil pesos que dizque había malgastado en su viaje a México. De la Huerta salió a su defensa, pero estaba ya tan cambiado el ambiente de la Cámara, que parecía muy difícil sacar adelante su proposición en el sentido de que se diera el visto bueno a los gastos del gobernador del Estado durante su estancia en la capital de la República.

Cuando el orozquismo llegó a su período álgido con la entrada a Sonora de las fuerzas orozquistas procedentes de Chihuahua, se intensificó la oposición para Maytorena y los ataques en su contra. El gobernador entonces se trasladó a Guaymas y allí fue a verlo De la Huerta para sugerirle que se pusiera al frente de las fuerzas que debían ir en auxilio del general Refugio Velasco, jefe de operaciones militares en Sonora y que se encontraba sitiado en La Dura.

Don Adolfo buscaba, con tal sugestión, que Maytorena recuperara su prestigio y pudiera imponerse sobre la opinión pública del Estado que realmente andaba vacilante, pues habían corrido rumores muy desagra-

dables en su contra, aunque sin fundamento real. En verdad, lo único que había ocurrido era que Maytorena no había llenado las formas oficiales; le había faltado comprobación de algunos gastos. No era él muy ducho en cuestiones contables; no recogió comprobantes de nada y cuando el congreso le preguntaba oficialmente en qué habían sido empleados esos quince mil pesos, contestaba que en sus gastos de viaje a la capital de la República al arreglo de asuntos oficiales, pero sin presentar justificantes, como era debido.

De la Huerta se fue a Guaymas, y a pesar de la oposición de Cirilo Ramírez, cuñado de Maytorena, y de un ingeniero su socio, consiguió que Maytorena viera el aspecto político que tenía aquella actitud que le aconsejaba y que aceptara ponerse al frente de las fuerzas que pudiera reclutar rápidamente, y salir con ellas.

Todos estos hechos han sido relatados y constan en el documento que Maytorena dio al señor De la Huerta y que obra en el expediente respectivo de la Secretaría de la Defensa, en relación con la solicitud de don Adolfo para que se le reconociera su veteranía en la revolución. El señor De la Huerta, además, acompañó a Maytorena en aquella expedición militar a pesar de ser un civil.

En el camino se les unió Roberto Cruz, que era presidente municipal de Torin. Llegaron a La Dura y allí hubo un incidente un poco enojoso con Refugio Velasco, pues éste no quería salir a combatir a los que le sitiaban. Maytorena opinó que debían salir a encontrar al enemigo, pero Velasco opinaba que no estaban en condiciones y que debían esperar la llegada del teniente coronel Díaz que iba de Sahuaripa para La Dura. Tal vez era más prudente la actitud de Velasco, pero Maytorena resolvió entonces encabezar personalmente las fuerzas que llevaba, ya que necesitaba en esos momentos mostrar decisión y hombría que impresionaran a los sonorenses que ya empezaban a flaquear tomando las filas de la oposición. Así se hizo. Salieron al encuentro del enemigo, yendo con ellos don Adolfo de la Huerta y Leonardo Camou, cuñado de Maytorena y llevando el mando militar directo Jesús María Gutiérrez, a quien apodaban El Caneno, indio de raza pima, valiente, fogueado y de temple.

Se inició el ataque y casi no hubo resistencia. Los orozquistas iban ya en derrota y cuando sintieron la acometida de los defensores, huyeron como gamos. Se tomaron algunos prisioneros que Velasco quería fusilar; trajo otros dos el general Anacleto Girón que había sido comisionado con un asistente y después de haber cumplido llevando un mensaje al teniente coronel Díaz para que apresurara su marcha de Sahuaripa, aprisionó dos exploradores que andaban por esos terrenos que él

conocía perfectamente, pues Girón era de esos rumbos. Era también pima, valiente y noble aunque un poco aficionado a la bebida, pero fue uno de los buenos jefes de 1910. Llegó, pues, con sus dos prisioneros, a quienes también querían fusilar, pero, como siempre, intervino De la Huerta y viendo que no podía convencer a Velasco, acudió a su jefe de Estado Mayor, el coronel Francisco Salido (pariente de Obregón) y persona de buenos sentimientos. "Mire, De la Huerta —le dijo aquél— no se preocupe usted, deje el asunto por mi cuenta, yo le respondo". Y así fue, y se salvaron aquellos prisioneros.

A la salida de La Dura, ya desbandada la principal fuerza enemiga, incluso los del sur, Cheché Campos se fue con rumbo a Alamos. Por el norte se fueron Emilio Campa, Salazar y Antonio Rojas. Maytorena opinó que iban a salir a La Colorada y lo mismo creía Anacleto Girón; De la Huerta, en cambio, pensó que iban a acercarse a la frontera, como sucedió. Así fue que en tanto que unos se dirigían a La Colorada, él se fue a la frontera diciéndose: "Allá van a salir" y acertó. Fueron a salir precisamente cuando él llegaba a Agua Prieta a ponerse en contacto con el comisario del lugar, Plutarco Elías Calles. Este había recibido ya un recado de los orozquistas pidiéndole la plaza, como se acostumbraba entonces. La guarnición de Agua Prieta consistía de 120 hombres a las órdenes del teniente coronel Begnet, más 40 de Calles. Se telegrafió al señor Madero y éste ordenó que salieran urgentemente las mismas fuerzas que de Sonora habían salido a las órdenes del general Sanginés: una columna de cerca de diez mil hombres. Se embarcaron en El Paso mediante permiso que telegráficamente se pidió a los EE. UU. y fue concedido, para que pasaran por territorio americano a proteger Agua Prieta amagada por los orozquistas, que eran en número de seiscientos a ochocientos hombres.

El general Sanginés había regresado a Sonora acompañado de los jefes sonorenses, Obregón (que se había dado de alta para esa expedición contra los orozquistas) y Salvador Alvarado.

Debe hacerse notar, por lo tanto, que el general Obregón no tomó parte en la revolución maderista sino hasta después del triunfo de ésta.

Los defensores de Agua Prieta recibieron aviso de que las fuerzas que venían en su socorro se acercaban, y a las cuatro de mañana cruzaron la línea divisoria los trenes que llevaban 9,000 hombres al mando de Sanginés y que venían intactos de Chihuahua, después de las batallas de Ojitos y la de Las Vegas; la primera con Alvarado y Obregón, y la segunda con Alvarado solo.

Al sentir el enemigo la llegada de aquellos trenes que venían pitando y haciendo gran escándalo, ya no pensó en atacar y se retiró rumbo al cerro de Gallardo, según noticias que se recibieron.

Aquella noche transcurrió sin que nadie durmiera, y sobre ella hace la siguiente interesante relación el señor De la Huerta en sus propias palabras:

"Noté que, dando vueltas a la placita de Agua Prieta se hallaban Obregón y un coronel Heriberto Rivera que era ex federal, pero entiendo que no era hijo del Colegio Militar, sino que se había hecho en la práctica de las campañas contra el yaqui y otras, creo que con el general Bravo en las campañas del Mayo en otra época. Era muy bravo y formó parte de los componentes de las columnas de Medina Barrón y de Peinado en la campaña del yaqui.

"Obregón platicaba con él y me había mandado llamar con un amigo; al llegar oí parte de una conversación que trataba de 'las tres columnitas'. 'Mire, Obregón —decía Rivera— esto de formar tres columnitas y formar su cuadro, es la base fundamental para defensa, y ¡qué ventaja tan grande se tiene en la actitud defensiva!' Obregón escuchaba con mucha atención; yo no quise interrumpir a Rivera, a quien conocía desde Guaymas, y así escuché aquella conversación.

"¿Hasta qué grado, durante la campaña que realizaron juntos Heriberto Rivera y Obregón pudo éste, con aquel talento extraordinario que tenía, aprovechar los consejos de Rivera?... Eso no lo sé; lo único que supe, lo que se me grabó, fue aquello de las tres columnitas y el cuadro para pelear siempre a la defensiva como la mejor forma".

Aquel día Obregón comunicó a De la Huerta que quería salir; le pidió que le dijera al viejo Sanginés que él descaba salir a campaña; que estaban haciendo un papel muy desairado frente a los americanos que los veían inactivos. Que aunque a los militares no se les permitía insinuar nada relativo a sus actividades o comisiones, él (De la Huerta) podía hacerlo siendo amigo de Sanginés y con carácter civil, presentándolo como idea propia. De la Huerta habló con Sanginés, pero en la conversación se le escapó decir que Obregón estaba ganoso y había que aprovechar su deseo.

—Ah —exclamó Sanginés—, entonces son cosas de ése. Si; es el defecto que tiene; es una bola de humo. Es buen soldado, como le dije a usted antes, tiene todas la cualidades que se necesitan, pero es muy vanidoso; no más se anda cuidando de que se fijen en él; anda pensando en eso y no en otra cosa. Discursito por acá, discursito por allá. Pues lo voy a mandar fuera de aquí para que no tenga queja de que está exhibiéndose.

Sanginés efectivamente había dicho antes al señor De la Huerta que consideraba a Obregón dotado excepcionalmente para ser un buen militar y don Adolfo, interesado en dar nombre y prestigio a los elementos que luchaban por la revolución, comunicó tales apreciaciones a un periodista americano de Douglas, de nombre Butcher, quien dio la deseada publicidad a aquella opinión del general Sanginés.

Así fue como Obregón recibió órdenes de salir para Nacozari con 150 hombres que, unidos a los 50 que proporcionaron los presidentes municipales de Nacozari y Fronteras, formaron el contingente con el que dio la batalla de San Joaquín.

LA BATALLA DE SAN JOAQUÍN

SABEDOR Obregón de que los orozquistas habían acampado en el kilómetro 45, en un lugar llamado San Joaquín, y habiendo averiguado también que estaban tomando informes mediante una derivación del telégrafo y que, por lo tanto estaban enterados de todos los movimientos de trenes, concibió el astuto plan que puso en práctica.

Había descubierto aquello platicando con un telegrafista del ferrocarril al que le oyó decir que "se sentía una derivación". Comprendió en seguida que era cosa del enemigo y ordenó que toda persona que llegara procedente de Nacozari o Fronteras, fuera detenida e interrogada. Dos de esos viajeros fueron interrogados por el propio Obregón y le informaron que desde esa mañana, que venían de un punto cercano al cerro de Gallardo, muy de madrugada, venían los orozquistas pisándoles los talones. Obregón preguntó si no habían hecho parada. "Ninguna; siguieron con nosotros hasta que se desprendieron para el norte y nosotros nos seguimos para acá".

—Entonces —comentó Obregón.— no han desayunado esta mañana; llegaron hoy a medio día... están vivaqueando allí. Y resolvió aprovechar la coyuntura. Detuvo un tren que venía de Nacozari; subió

sus fuerzas, cambió la carga, y ocultó a sus hombres dentro de los carros. A los que iban arriba, entre ellos Maximiliano Kloss con una ametralladora, los cubrió con una lona y se metió con todo el tren al campamento enemigo, calculando que habrían puesto las armas en pabellón, que los caballos estarían desensillados, etc., puesto que estarían vivaqueando. Y fue exactamente como él lo pensó. La sorpresa fue completa; los oroquistas tenían cinco hombres de vigilancia y habían quitado un riel cerca de su campamento para detener aquel tren que ellos esperaban lleno de mercancías con las que aprovisionarse; en lugar de ello les salió el enemigo.

Tras la sorpresa el combate se generalizó y Obregón se portó muy valiente y resuelto.

Mientras tanto una profesora norteamericana, que llegaba en un Ford procedente de Nacozari y se había dado cuenta del combate aquel, creyendo que Obregón había caído en una emboscada, fue a darle la noticia al señor De la Huerta quien inmediatamente fue a ver a Sanginés para pedirle que mandara fuerzas en su auxilio.

—¡Que se fastidie! —contestó Sanginés—. ¿Con órdenes de quién salió de su puesto?

Entonces don Adolfo se fue a ver a Calles, que no contaba con más de 40 hombres y como nada de la tropa podía salir sin órdenes de Sanginés, ambos salieron con aquel escaso contingente. En el camino, en un pequeño poblado, se acercó un individuo a decirle a De la Huerta que le llamaba por teléfono Alvarado.

—¿Cómo que me habla Alvarado?

—Sí; está para el sur.

—Mucho cuidado —previno Calles—, no vaya a ser el enemigo que ya anda por esta región.

—Pero ¿cómo Alvarado? Si Alvarado está en Agua Prieta, —dijo don Adolfo creyendo que el mensaje se refería al general Salvador Alvarado que, entonces no era sino teniente coronel.

—No, no; si está en el telégrafo.

—Al teniente coronel Alvarado —insistió don Adolfo— lo acabo de dejar en Agua Prieta.

—No, señor; si no es el coronel Alvarado, es el telegrafista Alvarado. Aclarado el punto, el señor De la Huerta fue al telégrafo y allí sostuvo con Obregón el siguiente diálogo:

—Felicitame, acabo de obtener un triunfo grande,

—Vaya, qué bueno. Pues aquí ibamos Plutarco y yo con 40 hombres en tu auxilio.

Obregón relató entonces con detalles lo ocurrido y entre otras cosas le dijo que un telegrafista apodado El Coyolito que era su prisionero, había invocado la amistad de don Adolfo para que se le perdona la vida. Por supuesto que, como siempre, la intervención del señor De la Huerta, que realmente le conocía, le salvó la vida.

En aquel combate cayó herido, entre otros, el oroquista José Inés Aguilar; herido también Salazar cruzó la línea divisoria entre Naco y Agua Prieta y Emilio Campa siguió, haciendo una correría extraordinaria con su gente, rumbo a Magdalena, luego tomó por el distrito de Altar, llegó a la línea divisoria y la cruzó, siendo aprehendido por las autoridades norteamericanas juntamente con su mujer o su amante, que iba disfrazada de hombre y aparecía como un jovencito su ayudante.

EMILIO CAMPA, PRISIONERO DE LOS EE. UU.

ALGUN tiempo después de los acontecimientos antes referidos, el señor De la Huerta, en compañía de algunos amigos, fue a ver a Enrique Anaya, que era el representante maderista en Tucson y éste les informó:

—Aquí tenemos unos individuos sospechosos que aún no han sido identificados por las autoridades.

La mayor parte de las autoridades de Tucson, en aquella época, eran mexicanas.

—Pues vamos a verlos —dijo don Adolfo—, que llevaba en el bolsillo unas postales obsequiadas por Roberto González Caballero, agente de la cervcería de Orizaba, y a quien había encontrado en Douglas. Era una colección de postales del oroquismo en Chihuahua.

Fueron a ver a los prisioneros como a las once de la noche, pues Enrique Anaya estaba en muy buenas relaciones con las autoridades y consiguió que les dejaran pasar al interior de la prisión, que era un edificio de dos pisos. Allí encontraron varios individuos y de entre ellos, el señor De la Huerta distinguió a alguien que identificó como uno de los que aparecían en una tarjeta postal como abanderado del oroquismo.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió—. Y a la hora en que se hacía la visita y el aplomo con que se interrogaba, los interesados probablemente creyeron que eran miembros de la policía americana.

—Pues nosotros venimos en busca de trabajo.

Entonces el señor De la Huerta, mostrándole la tarjeta postal, le preguntó si conocía al individuo aquel. El pobre sólo pudo fingir que bostezaba para volver el rostro hacia la pared.

Después los visitantes subieron al piso alto y allí, tras una reja, encontraron dos detenidos más. El señor De la Huerta no conocía a Emilio Campa por más que habían sido correligionarios allá por la época del magonismo. Estaban en dos catres; Campa, bajo de estatura, de bigote y su acompañante con el aspecto de un jovencito pero que era en realidad una mujer vestida de hombre. El señor De la Huerta le dirigió la palabra llamándole por su nombre, pero Campa no le contestaba ni daba señales de haber despertado. Entonces don Adolfo, que traía un periódico en la mano, lo dobló y se lo lanzó por entre los hierros de la celda pues parecía profundamente dormido y probablemente así era dado que su cansancio ha de haber sido terrible. Logró así despertarlo.

—¿Cómo le va, Campa? Y el interesado, creyendo que eran miembros de la autoridad, negó:

—Yo no soy Campa; yo soy Juan Mendoza.

—¿De qué oficio es usted?

—Farmacéutico.

—¿Dónde trabajó últimamente?

—En El Paso.

—¿Cómo se llamaba la negociación donde trabajó?

—No lo recuerdo.

—¿No recuerda el nombre de la casa donde estuvo empleado?...

—Pues no recuerdo.

—Usted no debe negarlo; usted es Campa. Nos está haciendo perder el tiempo nada más porque tenemos que comprobar que usted es Emilio Campa.

—Sí, soy Emilio Campa —estalló— ¿y qué? Vengo luchando por mi pueblo, vengo luchando por la vindicación de las clases proletarias... Y siguió con frases por el estilo, llenas de fuego, como si estuviera en la tribuna.

—Bien, así es como debe conducirse —dijo el señor De la Huerta—; y cuando, satisfecha su curiosidad, los visitantes comenzaron a retirarse, don Adolfo se separó y dijo en voz baja:

—Oiga, Campa, yo no soy de las autoridades de aquí; soy enemigo político de usted ahora. Pero usted hace muy mal en estar ocultando su verdadero nombre y condición. Diga usted que es refugiado político y lo dejarán en libertad, porque no tienen motivo para encarcelarlo.

—¿Quién es usted?

—Adolfo de la Huerta.

—Muchas gracias, y le tendió la mano por entre los hierros de la reja.

Años después, cuando el señor De la Huerta ocupaba el puesto de cónsul general en Nueva York, Emilio Campa fue a darle las gracias, pues siguiendo su consejo se había declarado refugiado político y había sido puesto en libertad por las autoridades norteamericanas.

ALFREDO BRECEDA

AL triunfo del maderismo, con la ayuda del señor De la Huerta, se trajeron a México a algunos de los jefes yaquis para que se entrevistaran con el señor Madero.

Estuvieron despachándolos en la casa de Maytorena y ahí se encontró don Adolfo con Alfredo Breceda que se había incorporado con los indios, pero como sintió que ni ellos ni los pseudo-jefes que se les agregaron allí después, lo aceptaban, estaba refugiado por ahí en un rincón de los corredores.

—¿Qué le pasa, joven? —interrogó el señor De la Huerta que lo había observado.

—Pues yo quería incorporarme con éstos para irme a México, pero me han hecho política aquí y...

—No tenga cuidado. Si usted quiere ir a México, yo se lo arreglaré.

—No; solamente hasta Torreón, allí me voy a incorporar. Soy muy amigo del señor Carranza que está corriendo para gobernador de Coahuila; mi padre es muy amigo de él y me conformo con llegar allá.

Entonces De la Huerta ordenó que se le diera pase para que se fuera también incorporado a los comisionados y así fue como Breceda salió de Sonora.

En aquella ocasión, Breceda platicó con De la Huerta diciéndole que él había sido simpatizador de Madero y que había andado con unos jefes no conocidos. Posteriormente pidió al señor De la Huerta, cuando éste residía en Los Angeles, una constancia de que había andado con Madero y, aunque no convencido, don Adolfo se la mandó porque consideró que en caso de no ser exacto no perjudicaba a nadie. El sabía

que quien sí había sido activo simpatizador del movimiento maderista había sido su hermano Enrique Breceda.

Alfredo salió, pues, de Sonora, incorporado a aquella comisión, y se cortó en Torreón para ir a unirse a don Venustiano Carranza. Desde entonces quedó a su lado y allí lo encontró el cuartelazo.

MADERO Y EL PROBLEMA DEL YAQUI

DESPUES de aquella visita que el vicepresidente Pino Suárez y don Manuel Bonillas hicieron a Sonora, y en la que pronunciaron en Empalme aquellos bien intencionados y brillantes discursos, incomprensibles para los indios, el señor De la Huerta se llevó a los jefes yaquis a Guaymas procurando establecer contactos entre ellos y los yoris, tratando de dar fin al brutal antagonismo que siempre existió entre ellos y que alguna vez hizo exclamar al general Lázaro Cárdenas, hablando con De la Huerta: "Yo creo que tú eres el único partidario de la paz con los yaquis, porque todos quieren acabárselos, según las impresiones que yo recogí durante mi estancia en Sonora".

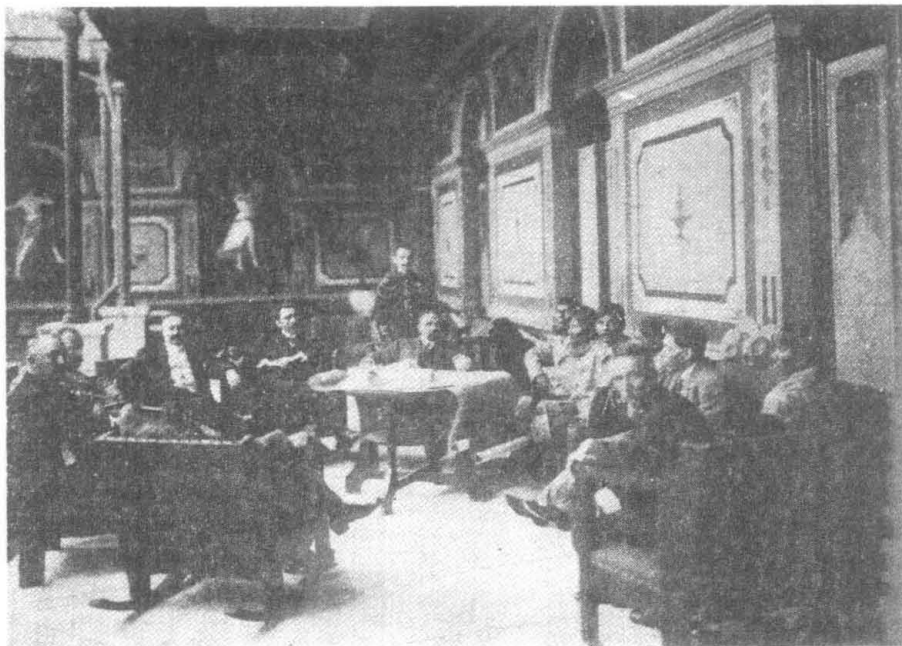
Efectivamente, había fuertes corrientes de odiosidad porque algunas familias habían perdido al padre, otras a los hermanos, otras a parientes que habían sido muertos por los indios; pero se olvidaban de los asaltos que los federales daban a los yaquis tratando de exterminarlos.

Ya en 1913, y en vista de que no se había resuelto nada sobre las tierras de los indios, De la Huerta telegrafió al señor Madero recordándole el ofrecimiento que le había hecho éste el 7 de enero de 1910 en el hotel Albin, en el sentido de que sería resuelto el problema del Yaqui.

Madero conocía aquel problema, según De la Huerta pudo darse cuenta en aquella conversación. No contestó, sin embargo, directamente el telegrama sino que envió comunicación a Gayou instruyéndole para que dijera a De la Huerta que ya enviaba persona que, asesorada por él, resolviera la cuestión del Yaqui.

En efecto, envió al general inglés Viljoen, un boero que desconocía por completo el asunto, aunque asesorado por Enrique V. Anaya. El boero casi no hablaba español y quiso resolver el problema colocando a todos en las tierras del río Yaqui.

El señor De la Huerta protestó telegráficamente ante el Sr. Madero y naturalmente tal comisionado fue retirado antes del cuartelazo.



Castillo de Chapultepec, noviembre de 1911.

El Presidente, ministro de Gobernación, gobernador de Sonora y comisión pacificadora de la tribu yaqui, con la comisión de dicha tribu ante el Sr. Presidente. De derecha a izquierda: Presidente D. Francisco I. Madero. Tras él su ayudante mayor Garfias Salinas. Lic. Rafael L. Hernández, secretario de Gobernación; don José María Maytorena, gobernador de Sonora; Cirilo Ramírez, cuñado del señor Maytorena; general Ben J. Viljoen, consejero militar del Presidente y comisionado de paz de la tribu yaqui; Cor. y Lic. Enrique V. Anaya, Secretario de la comisión pacificadora de la tribu yaqui. A la derecha la comisión de indios yaquis entrevistando al Sr. Presidente Madero. El último en el extremo derecho es el Ing. Martíniano González, deslindador de los pueblos yaquis en Sonora.

En Mayo de 1913 siendo ya Jefe de Estado Mayor del entonces Cor. Salvador Alvarado, de Guarnición en Hermosillo al frente de 800 hombres, llegó a la Capital del Estado el Sr. Adolfo de la Huerta, procedente del campamento de San Alejandro, en cuyos alrededores estaba combatiéndose con las tropas Federales al mando de los Generales Gil y Madin Barrón.

El mencionado Sr. de la Huerta vino atendiendo al plica del Grel. Obregón, a convencer al entonces Cor. Salvador Alvarado para que fuera con sus tropas a cooperar en la batalla de Santa Rosa que presentaba en esos momentos aspectos muy desfavorables para los nuestros. Accediendo Alvarado a los argumentaciones del Sr. de la Huerta, con quien llevaba íntima amistad, se hizo el embarque de los contingentes de Yaquis que estaban a nuestro mando y llegamos a los alrededores de Santa Rosa en momentos en que retrocedían en algunos sectores, ante el empuje de las tropas de la Federación.

Después de la entrada de los contingentes de Alvarado, el enemigo se reconcentró en las casas del pueblo de Santa Rosa y en la madrugada siguiente emprendieron la retirada.

Los que actuamos en el Estado de Sonora, nos dimos cuenta de la participación del Sr. Adolfo de la Huerta en todos los combates que se verificaron en aquellos meses, lo mismo en Naco que en Santa Rosa, en Santa María y en el sitio de Guaymas.

México, D.F. Mayo 14 de 1949.

Gral. Juan Méjico.

CONFRONTE:

El Tte. Corl. de Cab. J. del Arch.

CEMARIO RUIZ REYES
(210615)



MANIFI. DE Y. SORSA

LOS YAQUIS EN LA BATALLA DE SANTA MARIA

EN 1913, antes de la batalla de Santa Rosa, De la Huerta no pudo ponerse en comunicación con los yaquis por más que les mandó un enviado, pues éste no volvió, pero después de que pasó la batalla de Santa Rosa, y notando algún movimiento en la sierra, mandó otro comisionado a hablar con ellos y le dijeron que lo iban a consultar con los ocho gobernadores de los ocho pueblos. Más tarde llegó un enviado de ellos manifestando que estaban conformes, que aprobaban la entrevista con el gobernador. De la Huerta dijo a Pesqueira que fueran sin escolta a encontrarlos en la estación Maytorena. Allá fueron. Don Adolfo tenía que ir a la sierra a bajarlos mientras el gobernador esperaba en la estación y cuando ya don Adolfo se dirigía a las montañas, Jesús N. González (que fue taquígrafo del señor Madero, oficial mayor con Carranza y diputado) se ofreció a acompañarlo. Ambos salieron para la sierra y González pasó algunos ratos muy incómodos, pues no conocía la manera de ser de los indios y varias veces creyó que las cosas andaban mal.

Después de los saludos y pláticas de rigor, bajaron los indios con el jefe yaqui Sibalaume, acompañados de don Adolfo, para hablar con Pesqueira, y quedaron en "darles una manita" en la primera batalla que se presentara, que fue la de Santa María.

Traían los indios, en aquellas ocasión, muchos enfermos de viruelas para los que pidieron medicinas, y traían además un prisionero yanqui al que por indicaciones de don Adolfo pusieron en libertad.

Y así fue cómo, en la batalla de Santa María, cuando atacaban a Alvarado, que defendía cierto lugar de la hacienda de Santa María, habiéndose parapetado en una especie de presa para riego donde se defendía con ochocientos hombres del ataque de cuatro mil federales, los yaquis recibieron aviso enviado por conducto de un capitán Amaro, que era el que se encontraba por ahí cerca, y los indios cayeron sobre la retaguardia del enemigo, lo derrotaron por completo, le quitaron todas las armas y se las llevaron para la sierra. No se llevaron los cañones porque no pudieron.

Y así, en aquella batalla, como en muchas otras acciones de guerra la intervención de los yaquis fue decisiva, pues es de sobra conocido el valor indómito de esa raza que siglos vivió en estado de guerra

y para la cual el uso de las armas era mejor conocido que el de los instrumentos de labranza.

No que los yaquis no fueran suficientemente civilizados para dedicarse a las labores de la agricultura, (como hicieron posteriormente) sino que la persecución constante a que se les sometió, les obligó a vivir en continuo estado de guerra y por generaciones cultivaron las habilidades que tal actividad requiere.

Todos los yaquis eran excelentes tiradores, valientes, sobrios, fuertes y resistentes y resultaban soldados de primerísima para las actividades de la revolución.

EL CUARTELAZO SORPRENDE EN MEXICO AL SEÑOR DE LA HUERTA

TERMINADA la campaña antiorozquista en Sonora, el señor De la Huerta regresó a Hermosillo y de ahí salió para la ciudad de México. Llevaba, entre otros asuntos, el del cacto sin espinas. Estaba en comunicación con el distinguido botánico Luther Burbank, y deseaba llevarlo al señor Madero para proponerle que los aprovechara para convertir los terrenos eriales de la nación en terrenos de ganadería. Le habían ofrecido quinientas mil pencas de Santa Rosa en forma muy desinteresada; se había leído todos los folletos publicados sobre el particular, se los sabía de memoria (cosa nada rara en él) aunque eran muy numerosos. Habían sido publicados en Santa Rosa y Burbank (nombrado así en honor al botánico referido) y en ellos se explicaba ampliamente el cultivo del cacto sin espinas con objeto de plantarlo en todas las serranías en las que crecían cactáceas de otra naturaleza.

Además, el viaje del señor De la Huerta tenía por objeto asesorar al gobernador Maytorena, quien le había pedido que viniera a México a donde él tenía asuntos que tratar.

A su llegada a la capital, don Adolfo se dio cuenta en seguida de la efervescencia política que había allí. Inmediatamente se puso en contacto con sus viejos amigos y correligionarios y encontró a todos quejosos de la situación. Acababa de pasar el orozquismo, después había pasado el felicismo con el cuartelazo de Félix Díaz en Veracruz, y estaba muy dividida la opinión en la capital. No así en el resto del país, pues según De la Huerta pudo sentir, Madero no había perdido partidarios

ni había sufrido descrédito ante el pueblo; pero sus enemigos, al ver la tolerancia del régimen y percatarse de que no corrían peligro alguno, hablaban sin recato criticando las disposiciones revolucionarias que Madero había dado, y en general agitaban el ambiente en defensa de sus personales y turbios intereses.

Otro de los asuntos que llevaba en cartera el señor De la Huerta para tratarlo con el Presidente Madero, era el problema del Yaqui en Sonora. El señor Madero, como se ha referido antes, trató de resolverlo a través de un comisionado que no era el indicado. Los yaquis, por lo mismo, se sentían poco inclinados al maderismo, y aunque Madero posteriormente mandó retirar a aquel general boero nombrando en sustitución a un ingeniero que según parece era de apellido Cárdenas, tampoco este supo ni pudo resolver el asunto.

Por lo que hace al Estado de Chihuahua, también el Presidente había enviado ingenieros para dar principio al deslinde de las propiedades de los Terrazas y los Creel para repartir los latifundios. Los interesados, naturalmente, se aprestaron a defenderse y se valieron de un comisionado para que entrevistara a los diversos jefes, aprovechando el descontento que existía entre algunos de ellos en Chihuahua, elementos que habían sido los principales del movimiento revolucionario pero que se habían visto postergados. Según el señor De la Huerta opinaba, Madero tal vez había cometido el error de no levantar un poco más la personalidad de Pascual Orozco otorgándole más consideraciones y distinciones, pero pensaba que quizá ello se debió al incidente de Ciudad Juárez en el que Pascual Orozco había sido un poco ligero y en unión de Villa había detenido, en la aduana de Ciudad Juárez, a todo el gabinete del régimen maderista.

Al estallar el cuartelazo, se presentó el señor De la Huerta en Chapultepec. He aquí la corta relación en sus propias palabras:

“Yo tuve la satisfacción de ser el primer civil que el día 9 de febrero se presentó en Chapultepec a ponerse a las órdenes de don Francisco I. Madero cuando bajaba y montaba a caballo con el teniente coronel López Figueroa. Llegué a la verja del castillo y como un piquete de alumnos del Colegio Militar me impedía el paso, grité, dándome a conocer. Me reconocieron y me permitieron entrar. Iba yo con un abrigo, sin camisa, pues al conocer la noticia nada más me puse el abrigo sobre la camiseta y así salí. López Figueroa fue el que

me reconoció y dio orden de que me dejaran pasar. Vine con ellos, pero yo no tenía caballo; ellos vinieron montados y yo a pie desde Chapultepec hasta la esquina del Hotel Guardiola, donde lo bajaron del caballo para meterlo a la Fotografía Daguerre.

“Yo me encontré allí con un viejo correligionario y amigo, Salvador Gómez, que a la sazón era senador. Muy cansados nos sentamos en la orilla de la acera de la fotografía. Don Pancho Madero se asomó a poco y recogió las banderas que tenía como adorno la fotografía, porque acababa de pasar el 5 de febrero y se habían adornado las fachadas de las casas vecinas al hemiciclo de Juárez y a la Alameda. Entregó aquellas banderas a los primeros que llegaron allí, que fueron Solón Argüello y una señora cuyo nombre no tomé y les envió a recorrer la Alameda llamando al pueblo.

“Estando el señor Madero en el balcón, llegó un joven a caballo a participarle que ya el Palacio Nacional estaba tomado. Después he sabido que fue Federico Montes. Don Pancho salió de la fotografía, montó a caballo y se dirigió al Palacio Nacional. Salvador Gómez y yo, que íbamos a pie, llegamos, naturalmente, después que él y encontramos la Plaza cubierta de cadáveres y todos los acontecimientos que son demasiado conocidos.”